LIBRO dot.com

DIARIO DEL VIAJE A ITALIA

MICHEL DE MONTAIGNE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La llegada a Roma (dictado por Montaigne)

Nos volvimos a poner en camino al día siguiente, tres horas antes de amanecer, tantas ganas tenía él de ver el suelo de Roma. Notó que el sereno le daba dolor de estómago tanto por la mañana como por la noche, o poco menos, y se encontró mal hasta que se hizo de día, aunque la noche era efectivamente serena. A quince millas descubrimos la villa de Roma y después la volvimos a perder por largo tiempo. Hay algunos pueblos en el camino con hospederías. Encontramos algunas zonas de los caminos elevadas y pavimentadas con un tipo de adoquín grande, que parecía antiguo y, más cerca de la ciudad, algunas ruinas que sí eran muy antiguas, y piedras que los papas han hecho levantar en honor de la Antigüedad. La mayoría de las ruinas son de ladrillo, como por ejemplo las termas de Diocleciano, de un tipo de ladrillo pequeño y sencillo, como el nuestro, no del tamaño y espesor que se ve en las antigüedades y ruinas antiguas de Francia y en otros lugares. Roma no nos hacía una impresión exagerada, al irla reconociendo por este camino. Teníamos a lo lejos, a nuestra izquierda, los Apeninos, el aspecto del territorio poco grato, tortuoso, lleno de profundas hondonadas, incapaz de facilitar el despliegue de ninguna tropa de guerra: la tierra pelada sin árboles, en buena parte estéril, los alrededores muy desprotegidos y más de diez millas a la redonda, por el estilo, abarrotados de casas. Por allí llegamos sobre las veinte horas del último día de noviembre, fiesta de San Andrés, a la puerta del Popolo, a Roma, a treinta millas. Nos pusieron dificultades, como en otros sitios, a causa de la peste de Génova.

Nos alojamos en El Oso, donde nos quedamos todavía el día siguiente; y al segundo día de diciembre alquilamos habitaciones en la casa de un español, frente por frente de Santa Lucía della Tinta. Estábamos bien instalados allí, con muy bonitas habitaciones, salón, despensa, cuadra, cocina, a razón de veinte escudos por mes: por esto el hospedero proporciona cocinero y fuego. Los albergues están, por lo general, un poco mejor amueblados que en París, ya que tienen gran abundancia de cuero dorado con el que están tapizados los albergues que son de alguna categoría. Pudimos tener uno al mismo precio que el nuestro en El Vaso de Oro, muy cerca, decorado con paño de oro y de seda como el de los reyes; pero además de que las habitaciones estaban contratadas, el señor de Montaigne estimó que esta magnificencia no era solamente inútil sino incluso nociva para la conservación de los muebles, cada cama tenía un precio de cuatrocientos o quinientos escudos[1]. En el nuestro habíamos ajustado que nos proporcionaran ropa de cama más o menos como la de Francia; en la que, según la costumbre del país, son un poco más ahorrativos.

El señor de Montaigne se enfadaba al encontrar tantos franceses, que no se cruzaba en la calle con casi nadie que no le saludase en su lengua[2]. Le resultó una novedad el aire de una corte tan grande y tan nutrida de prelados y gentes de Iglesia, y le pareció con mucho más poblada de hombres ricos, carruajes y caballos que ninguna otra de las que había visto. Decía que la forma de las calles por muchas cosas, y sobre todo por el gentío, le representaba más París que ninguna otra de las ciudades en las que había estado.

[1] La sobriedad de Montaigne es notoria. «En la comodidad de alojamiento que busco, no mezclo la pompa ni el desahogo; más bien la detesto; en cambio, aprecio una cierta simpleza sencilla, que se encuentra en los lugares en donde hay menos artificio, y que la naturaleza honra con una gracia completamente suya., (Essais, III, pág. 9.)

[2] «Yo peregrino, cansado de nuestras costumbres, no para buscar gascones en Sicilia [tengo bastantes en casa]: yo busco griegos más bien, y persas.» (Essais, III, pág. 9.)

La ciudad está, en la actualidad, construida toda a lo largo del río Tíber, a un lado y a otro. El barrio alto, que era la sede de la vieja ciudad, y por el que hacía todos los días mil paseos y visitas, está cogido por iglesias, raras mansiones y jardines de los cardenales. Él pensaba, por lo claro de las apariencias, que la forma de estas montañas y pendientes estaba muy cambiada respecto a la antigua; por la altura de las ruinas; y tenía por cierto que en muchos lugares caminábamos sobre el tejado de casas enteras. Por el arco de Severo, está inclinado a pensar que estamos a más de dos picas por encima del antiguo suelo; lo cierto es que casi en todas partes se camina sobre la parte alta de los viejos muros que la lluvia y los carruajes dejan al descubierto.

Él combatía a los que le comparaban la libertad de Roma con la de Venecia, principalmente con estos argumentos: que las mismas casas eran tan poco seguras que, a los que andaban desahogados de medios, se les aconsejaba normalmente dejar su bolsa en custodia a los banqueros de la ciudad, para no encontrar su carruaje desvalijado, cosa que les había sucedido a varios; ítem, que andar de noche no era cosa muy segura; ítem, que este primer mes de diciembre, el general de los franciscanos fue dimitido repentinamente de su cargo y encerrado porque en su sermón, al que asistían el Papa y los cardenales, había acusado de ocio y de pompas excesivas a los prelados de la Iglesia, sin otro particular más que el de usar, con un tono un poco áspero, lugares comunes y vulgares sobre el tema; ítem, que sus propios baúles habían sido inspeccionados a la entrada de la ciudad por la aduana, y registrados hasta el más mínimo detalle de cada bulto, mientras que, en la mayoría de las demás ciudades de Italia los oficiales se contentaban con que uno se limitara a presentárselos. Que, además de eso, le habían cogido todos los libros que encontraron para inspeccionarlos; y habían tardado tanto tiempo en ello que un hombre que tuviera otra cosa que hacer los podía dar perfectamente por perdidos; amén de que el reglamento era tan extraño que las Horas de Nuestra Señora, como eran de París y no de Roma, les resultaban sospechosas, así como los libros de algunos doctores de Alemania contra los herejes, porque, al combatirlos, hacían mención de sus errores. A este propósito, decía que tenía mucha suerte porque, aunque no estaba avisado de que eso le pudiera ocurrir y había recorrido Alemania, y, vista su curiosidad, no se topó con ningún libro prohibido. Algunos señores, sin embargo, le decían cuando se encontró con ellos que debía estar tranquilo por la pérdida de los libros.

Doce o quince días después de nuestra llegada se encontró mal y, visto el inusitado flujo de sus riñones que amenazaba con formar alguna úlcera, se decidió, siguiendo la prescripción de un médico francés del cardenal [de] Rambouillet, ayudado por la destreza de su boticario, a tomar un día grandes porciones de purgante con la punta de un cuchillo mojado primero en un poco de agua, que lo tomó con agrado, e hizo dos o tres deposiciones. Al día siguiente tomó terebinto de Venecia, que viene, dicen ellos, de las montañas del Tirol, tomó dos grandes trozos envueltos en una oblea con una cuchara de plata, rociado con una o dos gotas de un jarabe de buen sabor; no sintió otro efecto que el olor a la violeta de marzo de la orina. Luego tomó tres veces, no seguidas, una especie de brebaje que tenía exactamente el sabor y el color de la almendra: no otra cosa era, decía el médico; sin embargo, piensa que tenía las cuatro simientes frías[3]. Y no había en esta última toma nada incómodo y extraordinario salvo la hora de la mañana: todo eso tres horas antes de la comida. Tampoco notó para qué le servía la almendra pues siguió como estaba; tuvo luego un fuerte cólico, el veintitrés [de diciembre] y por eso se acostó hacia el mediodía y así estuvo hasta la noche, que expulsó bastante arena y después una gran piedra dura, larga y homogénea, que tardó cinco o seis horas en pasar por la verga. Durante todo este tiempo, después de sus baños, tenía un gran bienestar de vientre,

[3] Las cuatro simientes frías mayores eran el pepino, el melón, la calabaza y el calabacín; las menores eran la lechuga, la endivia, la achicoria y la verdolaga.

cosa que pensaba le protegía de peores accidentes. Se saltaba muchas comidas, tanto al mediodía como a la cena.

El día de Navidad fuimos a oír la misa del Papa[4] en San Pedro, donde él logró un sitio cómodo para ver bien todas las ceremonias. Hay muchas particularidades: el Evangelio y la Epístola se dicen primero en latín y después en griego, como se hace incluso el día de Pascua y el día de San Pedro. El Papa dio la comunión a mucha gente; y oficiaban con él los cardenales Farnesio, Médicis, Caraffa y Gonzaga. Hay un instrumento para beber el cáliz, que permite tomar precauciones ante el veneno[5]. Le pareció algo novedoso, tanto en esta misa como en otras, que el Papa y otros prelados estén casi todo el tiempo sentados, cubiertos y mirando y hablando entre ellos. Estas ceremonias le parecen más magníficas que devotas.

Por lo demás, le parecía que no había nada de particular en la belleza de las mujeres, digno de la preexcelencia que la reputación da a esta ciudad sobre todas las demás del mundo; y, como en París, la belleza más singular estaba entre aquellas que la ponen en venta.

El 29 de diciembre, el señor de Abain, que era entonces embajador, gentilhombre estudioso y muy amigo de toda la vida del señor de Montaigne, tuvo la idea de que fuese a besar los pies del Papa. El señor d'Estissac y él subieron al carruaje de dicho embajador. Cuando entró en audiencia les hizo llamar por el camarero del Papa. Encontraron al Papa y con él al embajador, completamente solo, según el ritual; tiene al lado una campanilla que toca cuando quiere que alguien se le acerque. El embajador, sentado a su izquierda, descubierto, pues el Papa nunca se quita el gorro ante nadie, ni está ningún embajador cerca de él con la cabeza cubierta. El señor d'Estissac entró el primero y después el señor de Montaigne, luego el señor de Mattecoulon y el señor de Hautoy. Tras uno o dos pasos en la cámara, en una de cuyas esquinas el Papa está sentado, los que entran, sean quienes sean, ponen rodilla en tierra y esperan a que el Papa les dé la bendición, cosa que hace; después de esto se levantan y avanzan hasta aproximadamente la mitad de la habitación. Lo cierto es que la mayoría no van hacia él por lo derecho, atravesando la habitación, sino por la izquierda pegados al muro para colocarse, después de esa vuelta, justo enfrente de él. A mitad de camino se vuelven otra vez a poner rodilla en tierra y reciben una segunda bendición. Hecho esto, van hacia él hasta una alfombra de terciopelo extendida a sus pies, siete u ocho pies más adelante. En el borde de esta alfombra se arrodillan por completo. Entonces, el embajador que les presentaba se puso con una rodilla en tierra, levantó la sotana del Papa por encima de su pie derecho, calzado con una pantufla roja que lleva una cruz blanca. Los que están de rodillas se acercan así hasta su pie, y se agachan al suelo para besarlo. El señor de Montaigne decía que había alzado un poco la punta del pie. Se hicieron sitio unos a otros para besar, apartándose inmediatamente después. El embajador, una vez hecho esto, volvió a cubrir el pie del Papa y, tras haberse incorporado en su silla, le dijo lo que le pareció para recomendar al señor d'Estissac y al señor de Montaigne. El Papa, con semblante cortés, amonestó al señor d'Estissac al estudio y a la virtud y al señor de Montaigne a continuar en la devoción que siempre

había tenido a la Iglesia y al servicio del rey cristianísimo y que les serviría con gusto en lo que pudiera: éstos son tipos de frases italianas. Ellos no dijeron palabra; más bien habiendo recibido otra bendición antes de levantarse, lo que es signo de despedida, volvieron por el mismo camino. Esto se hace según la opinión de cada uno: lo más común es volverse hacia atrás de espaldas o al menos volverse de lado, de manera que siempre se esté mirando al Papa a la cara. A la mitad del camino, como a la ida, se pusieron otra vez sobre una rodilla y recibieron otra bendición y en la puerta, otra vez sobre una rodilla, la última bendición.

[4] Gregorio XIII, cuyo papado se extiende de 1572 a 1585.
[5] La fistola servía más bien para que no se derramase el vino consagrado.

El lenguaje del Papa es italiano, aunque deja notar su ascendiente boloñés, que es el peor idioma de Italia; y además, por su propia naturaleza, tiene un habla descuidada. Por lo demás, es un hermoso viejo, de una estatura media y erguido, con el rostro lleno de majestad, con una larga barba blanca, de una edad aproximada de ochenta años, muy sano para esta edad y muy vigoroso, más de lo deseable, sin gota, sin cólicos, sin dolor de estómago y sin ningún otro tipo de padecimientos: de una naturaleza dulce, poco apasionado por los negocios del mundo, un gran constructor; de lo que dejará en Roma y por todas partes un singular honor a su memoria, un gran limosnero, digo fuera de toda medida. Entre otros testimonios de esto [no hay ninguna chica casadera a la que no haya ayudado para su casa si es de baja familia, y da muestras de su liberalidad en dinero contante. Además, ha edificado colegios para los griegos, los ingleses, los escoceses, los franceses, para los alemanes y para los polacos, a los que ha dotado de más de diez mil escudos a cada uno de renta a perpetuidad, además del gasto infinito de mantenimiento. Lo ha hecho para llamar a la Iglesia a los hijos de estas naciones corrompidas de malas opiniones contra la Iglesia y allí los muchachos son alojados, alimentados, vestidos, instruidos y preparados en todo tipo de cosas sin que gasten un cuarto en cosa alguna. Las obligaciones públicas penosas las relega decididamente sobre los hombros de otro, huyendo en molestarse con ellas. Concede tantas audiencias como se quiere. Sus respuestas son cortas y resueltas y pierde uno tiempo en discutir su respuesta con nuevos argumentos. En lo que juzga justo se crece y ni siquiera por su mismo hijo, al que ama furiosamente, se hurta de la justicia que ha establecido. Defiende a sus parientes [pero sin ningún interés en contra de los derechos de la Iglesia que conserva inviolablemente. Es magnífico en los edificios públicos y en la reforma de las calles de esta ciudad] y a decir verdad tiene una vida y costumbres en las que no hay nada de extraordinario ni en una ni en otra parte [inclinándose más bien hacia el bien].

El último de diciembre ellos dos comieron en casa del cardenal de Sens, quien observa más ceremonias romanas que ningún otro francés. Las bendiciones y gracias demasiado largas fueron dichas por dos capellanes que se respondían uno a otro a la manera del oficio eclesiástico. Durante su comida se leía en italiano una paráfrasis del Evangelio del día. Se lavaron las manos con él antes y después de la comida. A cada uno se le proporciona una servilleta para secarse y delante de aquellos a los que se quiere hacer un honor particular, quien está en el sitio, al lado o frente por frente del señor, se le sirven grandes recipientes de plata que llevan su salero de la misma manera que aquellos en los que se sirve en Francia a los grandes. Por encima de esto hay una servilleta plegada en cuatro, sobre esa servilleta el pan, el cuchillo, el tenedor y la cuchara. Además, hay otra servilleta de la que hay que servirse y dejar lo demás tal como está. Pues en cuanto uno se sienta a la mesa, se le pone, junto a este recipiente, un plato de plata o de barro en el cual se sirve uno mismo. De todo lo que se sirve en la mesa, el trinchador lo reparte en los platos de los que están sentados en esa fila, que no meten la mano en el plato y apenas si lo hacen en el plato del señor. Sirvieron también de beber al señor de Montaigne, como se hacía ordinariamente en casa del embajador cuando comía allí, de esta manera: se le presentaba un recipiente de plata en el que había un vaso de vino y una pequeña botella del tamaño de aquellas en las que se pone tinta, llena de agua. Él toma el vaso con la mano derecha y con la izquierda la botella, y echa en el vaso cuanta agua quiere y después vuelve a dejar otra vez la botella en el recipiente. Cuando bebe, el que le sirve presenta dicho recipiente por debajo de su barbilla y vuelve otra vez a poner su vaso en dicho recipiente. Esta ceremonia no se hace más que a uno o dos como mucho de rango inferior al señor. La mesa fue levantada de repente después de la acción de gracias y las sillas ordenadas a continuación a lo largo de un lado de la sala, donde el señor cardenal les hizo sentarse junto a él. Se presentaron de repente dos hombres de Iglesia bien vestidos con no sé qué tipo de instrumentos en la mano, quienes se pusieron de rodillas

delante de él y le hicieron escuchar no sé qué tipo de canción litúrgica que se hacía en alguna iglesia; él no les dijo nada, pero cuando se levantaron después de haber hablado y se iban se descubrió ligeramente para despedirles. Un poco después le llevó en su carruaje a la sala del consistorio donde los cardenales se reunían para ir a vísperas. El Papa se presentó y se revistió también para ir a vísperas. Los cardenales no se pusieron de rodillas para su bendición como hace la gente, sino que le recibieron con una gran inclinación de cabeza.

El tercer día de enero de 1581, el Papa pasó delante de nuestra ventana. Marchaban delante de él alrededor de doscientos caballos de personajes de su corte vestidos con trajes civiles y eclesiásticos. Junto a él iba el cardenal de Médicis, quien le mantenía cubierto y le llevaba a comer a su casa. El Papa tenía un gorro rojo, tenía su esclavina blanca y su capuchón de terciopelo rojo; como de costumbre, iba subido sobre una montura blanca con un arnés de terciopelo rojo con franjas y pasamano de oro. Monta a caballo sin ayuda del escudero, y eso que está ya en su año 82. De quince en quince pasos daba su bendición, tras él marchaban tres cardenales y después alrededor de cien hombres de armas, con la lanza al muslo, armados con armadura completa salvo la cabeza. Había también otra hacanea del mismo tipo, un mulo, un hermoso corcel blanco y una litera que le seguían y dos portamantos que tenían en el arzón de la silla de las valijas.

Este mismo día el señor de Montaigne tomó terebinto sin otro pretexto que estar acatarrado y posteriormente expulsó abundante arena. El once de enero, por la mañana, cuando el señor de Montaigne salía del albergue a caballo para ir a los bancos, se encontró con que sacaban de la prisión a Catena, un famoso ladrón y capitán de bandidos que había tenido en jaque a toda Italia y del que se contaban tremendos asesinatos, sobre todo el de dos capuchinos a los que había hecho renegar de Dios, prometiéndoles si lo hacían salvar su vida, y después les había masacrado, sin otro motivo ni de alivio ni de venganza. Él se detuvo para ver este espectáculo. A diferencia que Francia, hacen desfilar delante del criminal un gran crucifijo cubierto por un paño negro, y a pie va un gran número de hombres vestidos y enmascarados con telas, que se dice que son gentilhombres y otros principales de Roma, que se dedican a este servicio de acompañar a los criminales que van al suplicio y también los cuerpos de los ajusticiados, y forman una cofradía. Dos de ellos, o monjes, vestidos de esta manera cubiertos, asisten al criminal en la carreta y le predican y uno de ellos le presenta continuamente a su cara y le hace besar sin cesar un cuadro donde está la imagen de nuestro Señor; eso hace que no se pueda ver el rostro del criminal por la calle. En el patíbulo, que es un potro entre dos barras de apoyo, se le tenía siempre esta imagen contra el rostro hasta que fue ejecutado. Murió normalmente, sin movimientos y sin hablar. Era un hombre moreno, de treinta años aproximadamente. Después de que fue estrangulado le cortaron en cuatro cuartos. Casi no ejecutan a los hombres sino con una muerte simple y ejercen su rudeza después de la muerte. El señor de Montaigne señaló lo que ha dicho en otro lugar cómo el pueblo se conmueve con los rigores que se ejercitan sobre los cuerpos muertos; pues el pueblo, que no había sentido el verle estrangular, a cada golpe que se daba para cortarle gritaba con una voz lastimera. Una vez que están muertos, uno o varios jesuitas u otros se ponen en algún lugar elevado y gritan al pueblo, unos por aquí, otros por allá, y le predican para hacerle gustar este ejemplo.

Notábamos en Italia, y principalmente en Roma, que no hay apenas campanas para el servicio de la Iglesia y hay menos en Roma que en el más pequeño pueblo de Francia; igualmente, no hay imágenes a no ser recientes. Muchas iglesias antiguas no tienen ni una.

El día catorce de enero volvió a tomar terebinto sin ningún efecto aparente.

Ese mismo día vi ejecutar a dos hermanos, antiguos servidores del secretario del castellano al que habían matado algunos días antes de noche en la ciudad, en el interior mismo del palacio de dicho señor Giacomo Buoncompagno, hijo del Papa. Se les torturó con las tenazas

y después les cortaron la mano delante de dicho palacio y, una vez cortada, se les hizo poner sobre la herida capones a los que se mataron y abrieron en un instante. Fueron ejecutados en un patíbulo y muertos con una gran maza de madera y después inmediatamente degollados. Es un suplicio que se dice que se utiliza a veces en Roma, otros decían que era adecuado al crimen, puesto que así habían matado a su dueño.

En cuanto a la grandeza de Roma, el señor de Montaigne decía que el espacio que rodea los muros, que está más de dos tercios vacío, incluyendo la vieja y la nueva Roma, podía igualar al recinto que se podía hacer alrededor de París incluyendo todos los arrabales de un extremo a otro; pero si se cuenta el tamaño de plazas públicas y belleza de las calles y de las casas, Roma gana con mucho.

Encontraba también el frío del invierno muy parecido al de Gascuña. Hubo heladas fuertes cerca de Navidad y vientos fríos insoportables. Es cierto que en ese momento mismo truena, hiela y hay rayos muy a menudo.

Los palacios tienen muchas piezas unos tras otros. Uno pasa por tres o cuatro salas antes de llegar a la sala principal. En algunos lugares donde el señor de Montaigne comió de manera ceremonial, la comida no está donde se celebra el almuerzo sino en otra sala primera y allí van a buscarle a uno de beber cuando lo pide; allí está preparada la vajilla de plata.

El jueves veintiséis de enero, el señor de Montaigne había ido a ver el monte Janiculum, pasado el Tíber, y a contemplar las singularidades de ese lugar, entre otras una ruina de un viejo muro que se había producido dos días antes, y a contemplar el emplazamiento de todas las zonas de Roma que no se ven desde ningún otro lugar tan claramente. De allí había descendido al Vaticano para ver las estatuas guardadas en los nichos de Belvedere, y la hermosa galería que el Papa ha levantado con pinturas de todas las partes de Italia, que está a punto de terminar, y allí perdió su bolsa y lo que había dentro; le pareció que eso había sucedido al dar limosna dos o tres veces, y, como el tiempo era muy lluvioso y desagradable, en lugar de volver la bolsa a su bolsillo, se le debió colar entre los pliegues de su casaca.

En todos esos días no se entretuvo en otra cosa más que en estudiar Roma. Al principio había tomado un guía francés; pero, al despedirse éste por algún capricho, él se picó en llegar a dominar, con su propio esfuerzo, esta materia, con la ayuda de mapas y libros que se hacía leer por la noche, y de día iba a los sitios a poner en práctica su aprendizaje; tanto que en pocos días hubiera fácilmente guiado él a su guía.

Él decía «que de Roma no se veía sino el cielo bajo el cual había esta do asentada y la planta de su construcción; que lo que de ella sabía era un saber abstracto y contemplativo, en el que no había nada sensible; que los que decían que al menos se veían las ruinas de Roma decían demasiado; pues las ruinas de una construcción tan espantosa merecerían más honor y reverencia en su memoria; que esto no era más que su sepulcro. El mundo, enemigo de su larga dominación, había primero roto y desmembrado todos los miembros de este cuerpo admirable; y, como incluso del todo muerto, alterado y desfigurado le producía horror, había enterrado su misma ruina. Que estas pequeñas muestras de su ruina que aparecían aún sobre la tumba era la fortuna quien las había conservado para testimonio de esta magnificencia infinita que tantos siglos, tantos fuegos y la conjura del mundo reiterada tantas veces para su ruina no habían podido apagar por completo. Pero era verosímil que estos miembros desdibujados que le quedaban fueran los menos dignos, y que la furia de los enemigos de esta gloria inmortal les había llevado primero a arruinar lo más hermoso y más digno; que los edificios de esta Roma bastarda que se veían en este momento unidos a los restos antiguos, aunque tuviesen algo para causar admiración a nuestros siglos presentes, le hacían recordar propiamente los nidos que los gorriones y las cornejas cuelgan en Francia de las bóvedas y paredes de las iglesias que los hugonotes acaban de demoler. Le daba incluso miedo, viendo el espacio que ocupa esta tumba, que no lo reconocieran por entero, y que la sepultura misma

estuviese en su mayor parte enterrada; y que esto de ver que un derrumbamiento tan miserable, como de trozos de tejas y de cacharros rotos, había alcanzado en la Antigüedad tan excesivo tamaño que iguala en altura y anchura a muchas montañas naturales [pues él lo comparaba en altura con el monte de Gurson y le parecía que era el doble de ancho] era una orden expresa de los destinos, para hacer sentir al mundo su conspiración contra la gloria y preeminencia de esta ciudad, mediante un testimonio tan nuevo y extraordinario de su grandeza».

Decía que no podía estar de acuerdo fácilmente, visto el poco espacio y lugar que tienen algunos de estos siete montes, y sobre todo los más famosos, como el Capitolino y el Palatino, en que allí se alineara un número tan grande de edificios. Viendo únicamente lo que queda del templo de la Paz, en el Forum Romanum, desde el que se ve aún el desprendimiento completamente al aire como de una gran montaña, diseminado en innumerables rocas espantosas, no parece que dos edificaciones así pudiesen ocupar todo el espacio del monte del Capitolio, en el que había sus buenos 25 o 30 templos, además de varias casas privadas. Pero, a decir verdad, las diversas conjeturas que uno hace a partir de la pintura antigua de la ciudad no tienen casi verosimilitud, pues su planta misma ha cambiado completamente de forma; algunos de estos vallejos están ahora colmados, incluso en los lugares más bajos que allí hubiere; como, por ejemplo, en el del Velabrum, que al estar en bajo recibía las aguas residuales de la ciudad y tenía un lago, elevado enormemente con montes de la altura de los naturales que están a su alrededor, cosa que se iba haciendo por la acumulación y amontonamiento de ruinas de estos grandes edificios; y el monte Savello no es otra cosa que la ruina de una parte del teatro de Marcellus. Él creía que un antiguo romano no podría reconocer el asentamiento de la ciudad si la viese. A menudo ha sucedido que, después de haber excavado bien a fondo en la tierra, no se llegaba más que a encontrar la parte de arriba de una columna muy alta que aún estaba en pie más abajo. No se buscan otros cimientos en las casas sino las viejas techumbres o bóvedas, como se ve en todas las bodegas, ni tampoco el sostén de la antigua cimentación, ni de un muro que esté firme. Antes bien, sobre las mismas fracturas de los viejos edificios tal como el azar los ha dejado, al desparramarse, han plantado el pie de sus palacios nuevos, como si se tratara de grandes placas de rocas firmes y seguras. Le gustó ver que muchas calles están a más de treinta pies de profundidad por debajo de las de ahora.

El 28 de enero tuvo un cólico, que no le impidió ninguna de sus actividades ordinarias, y expulsó una piedra bastante grandecita y otras menores.

El día treinta fue a ver la más antigua ceremonia religiosa que haya entre los hombres, y la observó con mucha atención y con gran comodidad: es la circuncisión de los judíos. Había visto ya otra vez su sinagoga, un sábado por la mañana, y sus oraciones en las que cantan desordenadamente, como en la Iglesia calvinista, pasajes de la Biblia en hebreo adaptados a los tiempos. Tienen cadencias de sonido parecidas, pero desafinan mucho por la confusión de tantas voces de todas las edades:

pues los niños, hasta los más pequeñitos, participan en la ceremonia y todos sin distinción entienden el hebreo. No prestan ellos más atención a sus plegarias que nosotros a las nuestras, pues se ponen a tratar otros asuntos y no conceden mayor reverencia a sus misterios. Al entrar se lavan las manos, y consideran execrable quitarse en este sitio el gorro; pero bajan la cabeza y la rodilla cuando el ritual lo ordena. Por encima de los hombros o de la cabeza llevan unos paños en los que hay franjas atadas: contarlo todo sería demasiado largo. Después del almuerzo, los doctores por turno leen y comentan sobre el pasaje de la Biblia del día, en italiano. Tras la lección, algún otro doctor asistente elige a uno del auditorio, y a veces a dos o tres, uno tras otro, para argumentar contra el que acaba de leer, sobre lo que ha dicho. El

que nosotros oímos le pareció que tenía mucha elocuencia y mucho ingenio en su argumentación.

Pero la circuncisión se hace en las casas particulares, en la habitación más cómoda y más clara del hogar del niño. Donde él estuvo, como la casa era incómoda, la ceremonia se hizo a la entrada de la puerta. Dan a los niños un padrino y una madrina como nosotros: el padre le pone el nombre al niño. Los circuncidan al octavo día de su nacimiento. El padrino se sienta en una mesa y pone una almohada sobre el ruedo de la túnica: la madrina le lleva al niño y después se va. El niño está arropado a nuestro modo; el padrino le descubre por abajo y entonces los asistentes y el que debe hacer la operación comienzan a cantar juntos y acompañan con canciones toda esta acción que dura apenas un cuarto de hora. El ministro puede ser distinto de un rabino y puede ser cualquiera de ellos; todos desean ser llamados para este oficio, porque sostienen que es una gran bendición realizarlo a menudo: incluso pagan por ser convidados, regalando un vestido o cualquier otra cosa bonita al niño; y sostienen que quien ha circuncidado a un determinado número que ellos saben, al morir, tiene el privilegio de que las partes de la boca no se las comen nunca los gusanos. En la mesa donde está sentado el padrino hay también un gran acopio de todos los instrumentos necesarios para esta operación. Además, un hombre sostiene en sus manos una frasca llena de vino y un vaso. Hay también un brasero en el suelo, en el que el ministro empieza por calentarse las manos y después, encontrando al niño completamente descubierto, como el padrino le tiene sobre su falda, con la cabeza vuelta hacia sí, le coge el miembro y saca hacia él la piel que está por encima con una mano, empujando con la otra el glande y el miembro hacia dentro. En el extremo de la piel que sobresale del glande pone un instrumento de plata que detiene ahí la piel, e impide que, al cortarla, se dañe el glande y la carne. Después de eso, corta esta piel con un cuchillo y la entierran inmediatamente en la tierra que hay en un recipiente entre otros preparados para este misterio. Después de eso, el ministro despega simplemente con las uñas algún pellejito que quede en el glande, lo desgarra a la fuerza y lo empuja hacia atrás más allá del glande. Parece que esto requiere mucho esfuerzo e incluso que duele; sin embargo, no les parece en absoluto peligroso y la herida se cura siempre en cuatro o cinco días. El grito del niño es parecido a los nuestros cuando se les bautiza. Una vez que el glande queda así descubierto, se ofrece rápidamente vino al ministro, que se pone un poco en la boca, y va de esta manera a chupar el glande, todo ensangrentado, del niño y echa la sangre que ha quitado, e inmediatamente vuelve a beber vino hasta tres veces. Hecho esto, se le ofrece en un cucurucho de papel un polvo rojo que dicen que es sangre de drago[6], con el que sala y cubre toda la herida; luego le envuelve muy limpiamente el miembro al niño con telas cortadas al efecto. Una vez hecho esto, se le da un vaso lleno de vino, que dicen que bendice con unas oraciones que reza. Bebe un trago y después, mojando el dedo, lleva por tres veces con el dedo una gota a la boca del niño para que éste la chupe; este vaso luego, tal como está, se le envía a la madre y a las mujeres que están en otro lugar de la casa, para beber lo que queda del vino. Además de eso, un tercero toma un instrumento de plata redondo como un esenciero, con un mango largo y que está lleno de agujeritos como nuestros pebeteros y lo acerca a la nariz, primero del ministro, después del niño y después del padrino: presuponen que son olores para fortificar y esclarecer el espíritu en la devoción. Aquél sigue teniendo, mientras tanto, la boca toda ensangrentada.

El 8 y luego otra vez el 12 tuvo él un amago de cólico y expulsó piedras sin gran dolor.

El carnaval que se hizo en Roma ese año fue más licencioso, con permiso del Papa, de lo que había sido años atrás: nos parecía, sin embargo, que no era gran cosa. Al lo largo del

[6] Se trata de la resina roja que se obtiene del drago (nada que ver con el dragón) y se empleaba en la medicina europea por sus propiedades astringentes.

Corso, que es una calle larga de Roma, que por eso se llama así, hacen correr a su antojo, bien cuatro o cinco niños, o bien judíos, o viejos completamente desnudos, de una punta a otra de la calle. No tiene más gracia que verles pasar por delante del lugar en que uno está. Otro tanto hacen con los caballos, montados por niños pequeños que les azuzan a latigazos, y asnos y búfalos que aguijonea la gente que va a caballo. En todas las carreras dan un premio que llaman el palo[7], [son] piezas de terciopelo o de tela. Los gentileshombres, en los lugares de la calle en los que hay más mujeres mirando, corren en hermosos caballos el estafermo[8], y lo hacen con mucha gracia: pues no hay cosa que esta nobleza sepa hacer mejor que los ejercicios a caballo. El palco que el señor de Montaigne se hizo construir le costó tres escudos. Además, estaba sentado en un sitio muy bueno de la calle.

Por esos días se veían allí todas las bellas gentilesmujeres de Roma, pues en Italia no se enmascaran como en Francia y se muestran completamente al descubierto. En cuanto a la belleza perfecta y rara no hay, decía él, más que en Francia y, salvo tres o cuatro, no encontraba ninguna excelencia; pero por lo común son más agradables y no se ven tantas feas como en Francia. La cabeza la tienen sin comparación más ventajosamente adornada y lo mismo la parte por debajo de la cintura. El cuerpo es mejor en Francia pues aquí tienen la parte de la cintura demasiado floja y la llevan como nuestras mujeres encintas: su continencia tiene más majestad, suavidad y dulzura[9]. No tiene comparación la riqueza de sus vestidos con los nuestros: todo está lleno de perlas y de pedrería. En todas partes en las que se dejan ver en público, ya sea en carroza, en las fiestas o en el teatro, están separadas de los hombres: sin embargo, hacen bailes muy entrelazados libremente y hay ocasión de verlas y de tocarlas con la mano.

Los hombres están vestidos muy simplemente para cualquier ocasión que sea, con trajes negros y de sarga de Florencia, y como son un poco mas morenos que nosotros no sé cómo no tienen el aspecto de duques, de condes y de marqueses, que lo son, teniendo la apariencia un poco vil: son corteses por lo demás y graciosos todo lo que es posible, aunque diga la mayoría de los franceses que no pueden llamar gracioso al hecho de que soportan malamente sus excesos y su insolencia corriente. Hacemos todo lo posible para que nos riñan. Sin embargo, tienen una antigua afección o reverencia a Francia que hace que sean muy respetados y bienvenidos los que merecen siquiera un poco serlo, y solamente se contengan sin ofenderles.

El día del jueves de carnaval entró en el festín del castellano. Estaba todo muy bien preparado y sobre todo un anfiteatro con mucho artificio y lujo dispuesto para el combate de la barrera, que se hizo de noche antes de cenar, en un patio cuadrado con un dispositivo en el centro en forma ovalada. Entre otras singularidades se pintó el pavimento en un instante con diversos dibujos de color rojo, después de haber cubierto el suelo con una especie de yeso o cal, y después poniendo sobre este blanco un trozo de pergamino o de cuero trabajado por trozos con los dibujos que se quisiera; y después, con una especie de fusta pintada de rojo se pasaba por encima de esta pieza y se imprimía a través de sus aberturas lo que se quería en el pavimento, y de una manera tan rápida que en dos horas se podría haber pintado la nave de una iglesia. En la cena las damas son servidas por sus maridos que están de pie junto a ellas y les dan a beber lo que ellas piden. Se sirven muchas aves asadas, revestidas con sus plumas naturales como si estuvieran vivas, capones cocidos enteros en botes de cristal, muchas liebres, conejos y pájaros como vivos con guarnición de pasta, con un servicio de tela de

[7] El palio o estandarte que constituye el premio.
[8] Monigote o estaca con escudo contra el que se ataca.
[9] Montaigne no está de acuerdo con la moda francesa y española que recomienda comprimir el cuerpo para lucir talle fino: «Para lograr un cuerpo bien españolado (espaignolé), cuántos padecimientos tienen que soportar ellas, comprimidas y encintadas... a veces hasta morir.» (Essais, I, pág. 14.)

mesa admirable. La mesa de las damas, que tenía cuatro platos, se desmontaba en piezas, y, por debajo de ella, apareció otra completamente servida y cubierta de confituras.

No hacen mascaradas para visitarse unos a otros. Apenas si hacen gasto para pasearse por la ciudad en público, o bien para levantar sus palcos en la carrera de los anillos. Él tuvo dos hermosas y ricas compañías, el lunes de Carnaval, en la carrera del estafermo. Sobre todo, nos superan en abundancia de caballos hermosísimos.

En Roma
(Texto redactado por Montaigne en francés)

Habiendo despedido a aquel de mis acompañantes que llevaba a cabo esta hermosa tarea, al verla tan avanzada, aunque me resulte incómodo, he de ser yo mismo[10] quien la continúe.

El 16 de febrero, volviendo de hacer una estación, encontré en una capillita a un sacerdote revestido ocupado en curar a un spiritato. Éste era un hombre melancólico y como en trance. Le tenían de rodillas delante del altar, con una especie de paño al cuello con el que le tenían atado. El sacerdote leía en su presencia muchas oraciones y exorcismos, mandando al diablo dejar ese cuerpo, y las leía en su breviario. Después se dirigía al paciente, hablándole directamente a él, o hablando al diablo en su persona y entonces injuriándole, dándole grandes puñetazos, escupiéndole a la cara. El paciente respondía a sus peticiones con respuestas torpes; tanto por sí mismo, diciendo cuánto sentía los movimientos de su mal; o bien por el diablo, cuánto temía a Dios y cómo estos exorcismos tenían efecto contra él. Después de esto, que duró mucho tiempo, el sacerdote, en un último esfuerzo, se retiró al altar y rezó con la custodia en la mano izquierda donde estaba el Corpus Domini y en la otra una vela encendida, boca abajo, con lo que la hacía fundir y consumirse, pronunciando mientras tanto oraciones y al final de las palabras de amenaza y de rigor contra el diablo, con una voz lo más alta y dominadora que podía. Como la primera candela vino a derretírsele en los dedos, tomó otra, después una segunda y luego una tercera. Hecho esto, volvió a colocar la custodia, es decir, el recipiente transparente donde estaba el Corpus Domini, y volvió a reunirse con el paciente, hablándole entonces como a un hombre, le hizo desatar y le devolvió a los suyos para que le llevaran a casa. Nos dijo que ese diablo era de la peor especie, testarudo y que costaría mucho expulsarlo. Y a los diez o doce gentileshombres que estábamos allí nos contó varios relatos acerca de este tema y de los casos que le solían ocurrir: y sobre todo que el día antes había liberado a una mujer de un gran diablo, que, al salir, hizo que la mujer echara por la boca clavos, espinas y una mata de su pelo. Y como se le respondiera que no estaba aún del todo recuperada, dijo que era otra especie de espíritu más ligero y menos maligno que el que se había presentado esa mañana; pero que este género [pues sabe sus nombres, sus divisiones y distinciones más particulares] era fácil de conjurar. Yo no vi más que esto: mi hombre no hacía otra cosa sino chirriar los dientes y torcer la boca

[10] La copia Leydet añade: «Montaigne continúa de su propia mano, desde la página 112 hasta [falta], aunque haya algunas interrupciones de otra mano; pero la mayor parte del resto del volumen es de mano de Montaigne» Rigolot añade a esta cita «cosa que él comienza así; su letra es alargada como la de las mujeres y casi como la de Reyrau (amigo de Leydet). Garavini y Rigolot coinciden en señalar que la «otra mano» es de alguien a quien Montaigne dicta comentarios con ocasión de la relectura del manuscrito.

cuando se le presentaba el Corpus Domini, y mascullaba a veces estas palabras: Si fata volent, pues era notario y sabía un poco de latín.

El primer día de marzo fui a hacer estación en San Sixto. El sacerdote que decía la misa estaba del otro lado del altar mayor, mirando hacia la gente: no había nadie detrás de él. El Papa llegó allí ese mismo día, pues había mandado, unos días antes, expulsar de esta iglesia a los monjes que en ella estaban para lograr mayor retiro, y había hecho acomodar allí a todos los pobres que mendigaban en la ciudad convenientemente ordenados. Los cardenales dieron cada uno veinte escudos para realizar esta obra, y otros particulares dieron también grandes limosnas. El Papa dotó a este hospital con quinientos escudos por mes.

Hay en Roma muchas cofradías y devociones particulares, lo que se ve por los grandes testimonios de piedad. Por lo común, me parecen menos devotos que las buenas ciudades de Francia, pero más ceremoniosos: en eso son extremados. Yo escribo aquí con libertad de conciencia: véanse dos ejemplos. Estando un quídam con una cortesana, acostado en el lecho y en medio de la libertad de esta práctica, de repente sonaron las veinticuatro horas y el Ave María: ella se lanzó repentinamente de la cama al suelo y se puso de rodillas para hacer su oración. Estando con otra, he aquí que la madre [pues las jóvenes tienen viejas gobernantas a las que consideran madres o tías] llegó a golpear la puerta, y llena de cólera y de furia le arranca del cuello a la joven un lacito que llevaba del que pendía una imagen pequeña de Nuestra Señora, para no contaminarla con la basura de su pecado: la joven sintió una contrición extrema por haber olvidado quitarse el collar, como tenía por costumbre.

El embajador del moscovita vino también ese día a esta estación, vestido con un manto escarlata, con una sotana de tela de oro, con un sombrero parecido a un gorro de noche de tela recamada de oro, por debajo una esclavina de tela de plata. Es el segundo embajador de Moscovia destacado ante el Papa. El otro vino en tiempos del papa Pablo III. Se decía que su cometido era influir en el Papa para que se interpusiese en la guerra que el rey de Polonia hacía a su señor, alegando que le correspondía a él enfrentarse a la primera invasión del turco; y, si su vecino se debilitaba, quedaría incapacitado para otra guerra y que sería una gran ventana abierta al turco para llegar hasta nosotros; ofreciendo incluso reducir las pequeñas diferencias de religión que había con la Iglesia romana. Fue alojado en casa del castellano, como lo había sido el otro en los tiempos del papa Pablo, y alimentado a expensas del Papa. Se empeñó en no besar los pies del Papa, sino solamente su mano derecha, y no quiso plegarse a esta ceremonia salvo cuando le fue atestiguado que el emperador mismo estaba sujeto a ella: pues el ejemplo de los reyes no le parecía suficiente. No sabía hablar ninguna lengua salvo la suya y había venido sin traductor. No tenía más que tres o cuatro hombres de comitiva y decía que había pasado con gran peligro, disfrazado, a través de Polonia. Su nación ignora tanto las cosas de aquí que llevó a Venecia cartas de su señor dirigidas al gran gobernador de la señoría de Venecia. Preguntado sobre el sentido de esta fórmula, [respondió] que pensaban que Venecia era de la jurisdicción del Papa y que éste enviaba gobernadores como en Bolonia y en otras partes. Dios sabe con qué gusto estos magníficos recibieron esta prueba de ignorancia. Le regaló al Papa cibellinas y zorros negros, que es una piel aún más rara y lujosa.

El 6 de marzo fui a ver la biblioteca del Vaticano, que tiene cinco o seis salas todas seguidas. Hay un gran número de libros atados sobre diversas filas de pupitres; los hay también en baúles que me fueron todos abiertos; hay muchos libros manuscritos y sobre todo un Séneca y dos Opúsculos de Plutarco. Allí vi, destacables, la estatua del buen Arístides con una hermosa cabeza calva, con la barba espesa, una gran frente, la mirada llena de dulzura y majestad: su nombre está escrito en su base que es muy antigua; vi un libro de China, con letra salvaje, con las hojas de un material mucho más ligero y traslúcido que nuestro papel; como no soporta la tintura de la tinta, no está escrito más que por una cara, las hojas son

dobles y plegadas por el borde exterior, en el que se sostienen. Dicen que está hecho de la membrana de algún árbol. Vi también un fragmento del antiguo papiro con caracteres desconocidos: son de corteza de árbol. Vi el breviario de san Gregorio escrito a mano: no lleva el año, pero sostienen que ha llegado de mano en mano, directamente de él. Es un misal más o menos como el nuestro y fue llevado al último Concilio de Trento para servir de testimonio en nuestras conciencias. Vi un libro de santo Tomás de Aquino donde hay correcciones de la mano del propio autor, que escribía mal, con una letra pequeñita peor que la mía. ítem una Biblia impresa en pergamino, de las que Plantin[11] acaba de hacer en cuatro lenguas, la cual fue enviada por el rey Felipe al Papa, como dice en la inscripción de la cubierta; el original del libro que el rey de Inglaterra compuso contra Lutero, y que envió hace aproximadamente cincuenta años al papa León X, dedicado de su propia mano, con el bello dístico latino también escrito por él:

Anglorum Rex Henricus, Leo decime, mittit
Hoc opus, et fidei testem et amicitiae.

Leí los prefacios, uno dedicado al Papa, otro al lector: pide disculpas por sus ocupaciones guerreras y su falta de capacidad, es un buen latín para un escolástico.

Vi la biblioteca sin ninguna dificultad, así la ve todo el mundo y puede sacar lo que quiere; está abierta casi todas las mañanas; un gentilhombre me guió por doquier y me invitó a utilizarla cuando quisiera. El señor nuestro embajador se iba de allí en ese momento sin haberla visto, y se quejaba de que quisieran, a tal efecto, que hiciese la corte al cardenal Charlet, director de esta biblioteca; decía que nunca había podido encontrar el modo de ver el manuscrito de Séneca, cosa que deseaba infinitamente. Me acompañó la suerte, aunque yo, a la vista de este testimonio, daba la cosa por perdida. Todo es fácil en un cierto sentido e inaccesible en otros. La ocasión y la oportunidad tienen sus privilegios y ofrecen a menudo al pueblo lo que rehúsan a los reyes. La curiosidad se pone pegas a sí misma muchas veces, como también lo hace la grandeza y la potencia.

Vi también un Virgilio escrito a mano, con una letra enormemente grande y con estos caracteres largos y estrechos que vemos aquí en las inscripciones del tiempo de los emperadores, aproximadamente del siglo de Constantino, que tienen algo de gótico y han perdido la proporción cuadrada que tienen siempre las viejas escrituras latinas. Este Virgilio me confirmó lo que siempre había pensado, que los cuatro primeros versos que se ponen en la Eneida están tomados de otra parte: este libro no los tiene. También están los Hechos de los Apóstoles escritos con una bellísima letra de oro griega, tan viva y reciente como si fuera de hoy mismo. Esta letra es maciza y tiene un cuerpo sólido que sobresale del papel, de manera que si uno pasa la mano por encima se siente el grosor. Creo que hemos perdido el uso de esta escritura.

El 13 de marzo, un viejo patriarca de Antioquía, árabe, muy versado en cinco o seis lenguas de aquella parte, pero que no tenía ningún conocimiento del griego y de otras lenguas nuestras, con el cual llegué a tener mucha familiaridad, me regaló una mixtura para alivio de mi piedra y me prescribió su uso por escrito. Me la guardó en un recipiente pequeño de barro y me dijo que podía conservarla diez e incluso veinte años: y esperaba tal provecho de la

[11] Felipe II había promovido la publicación de la Biblia de Plantin en hebreo, caldeo, griego y latín. Gregorio XIII había dado su aprobación, «no sin la oposición de algunos teólogos españoles», dice Rigolot, el 23 de agosto de 1572.

primera toma que inmediatamente estaría completamente curado de mi mal. Para, si perdía su escrito, encontrarlo aquí: hay que tomar esta droga al acostarse, tras una cena ligera, en una cantidad equivalente al tamaño de dos guisantes, mezclarla con agua tibia y, habiéndola deshecho con los dedos, dejando de cada dos días uno de descanso, tomarla cinco veces.

Comiendo un día en Roma con nuestro embajador, donde estaban Muret[12] y otros sabios, me puse a hablar del tema de la traducción francesa de Plutarco y, contra los que la apreciaban menos que yo, mantenía al menos esto: que donde el traductor no da el verdadero sentido de Plutarco lo ha sustituido por otro verosímil, combinándolo bien con lo que sigue y lo anterior. Para mostrarme que en este punto yo le concedía demasiado, presentaron dos pasajes, uno de los cuales atribuyen a la animadversión al hijo de M. Mangot, abogado de París que acababa de partir de Roma. En la Vida de Solón, aproximadamente hacia la mitad, donde dice que Solón se vanagloriaba de haber liberado el Ática y haber quitado los límites que marcaban las separaciones de las herencias. Ha sido necesario verlo, pues la palabra griega significa ciertas marcas que se ponían en las tierras que estaban comprometidas y obligadas, de tal manera que los compradores quedaran al corriente de esta hipoteca. Lo que él ha puesto en su lugar, limites, no tiene sentido equivalente, pues sería hacer las tierras no libres sino comunes. El latín de Estienne se ha aproximado mucho más a lo verdadero. El segundo, hacia el final del Tratado de la alimentación de los niños: «Observar», dice él, «estas reglas será más deseable que aconsejar.» El griego, dicen, canta lo siguiente: «Esto es más deseable que esperable»; y es una forma de proverbio que se encuentra en otras partes. En lugar de este sentido claro y fácil, el del traductor lo ha sustituido por otro más blando y extraño. Por lo cual, recibiendo sus presuposiciones sobre el sentido propio de la lengua, aceptaba de buen grado su conclusión.

Las iglesias de Roma son menos bellas que en la mayoría de las buenas ciudades de Italia y, en general, que en Italia y Alemania, e incluso, por lo común, menos bellas que en Francia. En San Pedro se ve a la entrada de la nueva iglesia enseñas colgadas como trofeos; su leyenda dice que son enseñas ganadas por el rey a los hugonotes; no especifica dónde ni cuándo. Cerca de la capilla Gregoriana, en la que se ve un número infinito de exvotos colgados de la muralla, hay, entre otras cosas, un pequeño cuadro rectangular bastante burdo y mal pintado de la batalla de Montcontour. Y en la sala que está delante de la capilla de San Sixto hay, en la pared, muchas pinturas con accidentes memorables relativos al Santo Sitio, como la batalla naval de Juan de Austria. Está representado este Papa pisando la cabeza del emperador que llegaba ante él para pedirle perdón y besar sus pies: pero no están las palabras dichas, según la historia, por uno y por otro. Hay también dos lugares donde está pintada la herida del almirante de Chatillon, así como su muerte, de manera muy auténtica.

El 15 de marzo, el señor de Monluc vino a buscarme al despuntar el día para poner en práctica el proyecto que habíamos hecho el día anterior, que era ir a ver Ostia. Pasamos el Tíber por el puente de Nuestra Señora y salimos por la puerta del Porto, que antiguamente llamaban Portuensis: desde allí, recorrimos un camino desigual y medianamente fértil de vinos y trigales; y, al cabo de unas ocho millas, volvimos a ver el Tíber, bajamos a una gran llanura de prados y pastos, en cuya punta estaba plantada una gran ciudad desde la que se ven las ruinas mayores y más bellas que rodean el lago de Trajano, que es un repliegue del mar Tirreno en el que venían a recalar las naves; pero la mar no entra más que un poco y aún menos en otro lago que está algo más arriba, que se llamaba el Arco de Claudius. Podíamos comer allí con el cardenal de Perusa, que estaba en este lugar y que, a decir verdad, no es tan

[12] De Muret, célebre humanista, que Montaigne incluye en la lista de sus «preceptores domésticos», a su vuelta, había escapado de Francia en 1544 tras condena por homosexualidad, y enseñaba filosofía y retórica en Roma desde 1560. De él dice que «Francia e Italia lo reconocen como el mejor orador del tiempo». (Essais, I, pág. 26.)

cortés como los señores y sus servidores. Me mandó dicho señor cardenal por uno de los míos, que se acercó allí un momento, el recado de que tenía quejas contra mí. Este mismo criado fue invitado a beber en la bodega de dicho cardenal, que ni era amigo ni me conocía y en esto se limitó a una forma de hospitalidad ordinaria para con cualquier extranjero, pero yo temía que no nos llegase el tiempo para dar la vuelta que quería hacer, puesto que yo había alargado mucho mi camino para ver las dos orillas del Tíber. De allí pasamos en barco un pequeño ramal del Tíber y entramos en la Isla Sagrada, que tiene un tamaño aproximado de una legua grande de Gascuña, llena de pastos. Hay ruinas y columnas de mármol, de las que abundan en este lugar de Porto, donde estaba esta antigua ciudad de Trajano. De hecho el Papa hace desenterrarlos diariamente y llevarlos a Roma. Cuando hubimos atravesado esta isla, nos dimos cuenta de que teníamos

que volver a pasar el Tíber, cosa que no resultaba nada fácil para los caballos, y cuando estábamos a punto de volver sobre nuestros pasos, nos encontramos, por suerte, de repente con los señores du Bellay, barón de Chasai, de Marivaut y otros, que venían de la otra orilla. Por eso atravesé el agua y fui a hacer un trueque con estos gentileshombres: ellos tomaron nuestros caballos y nosotros los suyos. De este modo ellos volvieron a Roma por el camino nuestro y nosotros por el suyo, que iba directo a Ostia.

Ostia, a quince millas, está asentada a lo largo del antiguo canal del Tíber; pues está un poco cambiado y se aleja todos los días. Almorzamos sobre la marcha en una pequeña taberna. De allí vimos la Rocca, que es una pequeña plaza fuerte, donde no hay ninguna guarnición. Los papas, especialmente este actual, han hecho erigir en esta costa marítima grande torres o puestos de vigilancia, cada mil pasos más o menos, para prevenir las razzias que los turcos hacían incluso en tiempo de vendimias, en las que se llevaban tanto el ganado como hombres. Estas torres, que están a un tiro de cañón, se avistan unas a otras con tal celeridad que la alarma llega volando a Roma. Alrededor de Ostia están las salinas de las que se proveen todas las tierras de la Iglesia; se trata de una gran llanura de marismas bañada por el mar.

Este camino de Ostia a Roma, que es la Vía Ostiensis, está lleno de marcas importantes de su antigua belleza, muchos baluartes, ruinas de acueductos, casi todo el camino sembrado de ruinas grandes y más de dos tercios del camino están aún pavimentados con la baldosa negra, con las que recubrían los caminos. A la vista del río Tíber, fácilmente da uno crédito a la opinión de que por una y por otra parte todo estaba poblado de casas, de Roma hasta Ostia. Entre otras ruinas encontramos, aproximadamente a mitad de camino, a nuestra izquierda, una preciosa sepultura de un pretor romano, cuya inscripción se ve casi entera. Las ruinas de Roma en su mayoría no se distinguen más que por la masa y el tamaño de la edificación. Hacían grandes murallas de ladrillo y después incrustaban láminas de mármol o de otra piedra blanca, y las recubrían de cemento o de baldosas grandes. Este revestimiento está, casi todo él, arruinado por los años, y en él estaban las inscripciones; por eso hemos perdido casi del todo el conocimiento de estas cosas. La inscripción es visible allí donde la edificación estaba hecha a base de muro de cantería ancho y macizo.

Las cañadas de Roma presentan un aspecto, casi todas, sin cultivar y estériles, ya sea por defecto del terreno o, cosa a mi parecer más verosímil, porque esta ciudad casi no tiene trabajadores que vivan del trabajo de sus manos. De camino encontré, al venir, muchos grupos de hombres de los pueblos procedentes de los Grisones y de Saboya a ganar algo en la estación del laboreo de viñas y jardines; y me dijeron que esa era su renta para el año. Se trata de una villa toda corte y nobleza; todo el mundo participa en el ocio eclesiástico. No hay ninguna calle comercial, o menos que en una ciudad pequeña; no hay sino palacios y jardines. No se ve ninguna calle de la Harpe o de Saint Denis; me parece siempre estar en la calle Sena o en el muelle de los Agustinos en París. La ciudad apenas cambia su aspecto en un día

laborable o en uno festivo. Toda la cuaresma se hacen estaciones; y no hay más gente en un día de trabajo que en otro que no lo sea; no hay más que carruajes, prelados y damas todo el tiempo. Volvimos a dormir a Roma, a quince millas. El 16 de marzo me entraron ganas de ir a probar los baños de Roma y fui a los de San Marcos, considerados los más nobles. Me trataron de manera regular, con el mayor respeto de que son capaces. Quien quiere suele llevar amigas, que también reciben masajes, como uno mismo, a cargo de los muchachos que allí están. Allí me enteré de que con cal viva y oropimente mezclados con lejía, dos partes de cal y un tercio de oropimente, se hace la droga y ungüento con el que se puede depilar, después de haberlo aplicado medio cuartito de hora.

El 17 tuve un cólico durante cinco o seis horas, soportable, y expulsé poco después una piedra del tamaño y la forma de un piñón grande. En Roma teníamos rosas y alcachofas; pero yo no notaba ningún calor extraordinario, estaba vestido y cubierto como en mi casa. Hay menos pescado que en Francia; sus lucios, sobre todo, no valen nada y los dejan para consumo de la gente corriente. Tienen muy pocos lenguados y truchas; los barbos son muy buenos y mucho más grandes que en Burdeos, pero caros. Las doradas son muy apreciadas y los mújoles son más grandes que los nuestros y un poco más duros. El aceite es tan excelente que este picor que me deja en la garganta en Francia, cuando he comido mucho, aquí no lo tengo en absoluto. Se comen uvas frescas todo el año; e incluso ahora las hay muy buenas colgadas de las parras. Su cordero no vale nada, y casi no lo aprecian.

El 18, el embajador de Portugal rindió pleitesía del reino de Portugal al Papa de parte del rey Felipe: este mismo embajador que estaba aquí enviado por el rey y a la vez por los Estados contrarios al rey Felipe. Junto a San Pedro me encontré con un hombre que amablemente me avisó de dos cosas: que los portugueses manifestaban su obediencia la semana de Pasión y también que ese mismo día la estación se hacía en San Juan Porta Latina, iglesia en la que algunos portugueses, años antes, habían formado una extraña cofradía. Se casaban varón con varón en la misa, con ceremonias idénticas a nuestras bodas, celebraban la Pascua, leían el mismo Evangelio de las nupcias, y después se acostaban y vivían juntos. En Roma opinaban que, como en la otra unión, de macho y hembra, lo único que la legitimaba era el matrimonio, le había parecido a esta gente refinada que esta otra acción resultaría igualmente justa, autorizada como estaría por ceremonias y misterios de la Iglesia. Fueron quemados ocho o nueve portugueses de esta curiosa secta.

Yo vi la pompa española. Hicieron una salva de cañones en el castillo de Santangelo y en Palacio, adonde fue el embajador conducido por las trompetas, tambores y arqueros del Papa. Yo no entré para ver la arenga y la ceremonia. El embajador del moscovita, que estaba en una ventana preparada para ver esta pompa, dijo que había sido invitado a ver una gran asamblea; pero que en su nación, cuando se habla de tropas a caballo, siempre son veinticinco o treinta mil; por eso se mofó de todo este aparato, según me dijo el mismo al que le habían encargado que le hiciera de intérprete.

El domingo de Ramos encontré, a la hora de vísperas, en una iglesia, un niño sentado al lado del altar en una silla, vestido con un ropón nuevo de tafetán azul, con la cabeza descubierta, coronado de ramas de olivo, y que llevaba en la mano una antorcha de cera blanca encendida. Era un muchacho como de quince años, que, por orden del Papa, había sido ese día liberado de la cárcel, que había matado a otro muchacho. Se ve en San Juan de Letrán mármol transparente.

Al día siguiente el Papa hizo las siete iglesias. Tenía botas de piel vuelta y en cada pie una cruz de cuero más blanca. Siempre lleva un caballo español, una hacanea y un mulo, y una silla gestatoria, todos enjaezados por igual. Ese día el caballo despertaba comentarios. Su mozo de mulas llevaba dos o tres pares de espuelas doradas en la mano y esperaba en la parte

baja de la escalinata de San Pedro; él las rechazó y pidió su litera, en la que había dos sombreros rojos casi iguales, colgados en clavos.

Este día por la tarde me fueron devueltos mis Ensayos, castigados según la opinión de los monjes doctores. El maestro del Sacro Palazzo no los había podido juzgar sino por la relación que le hizo un frater francés, puesto que no entendía en absoluto nuestra lengua; y se daba tan por contento con las excusas que yo daba sobre cada artículo criticable que le había pasado este francés, que dejaba a mi conciencia corregir lo que yo mismo viera que era de mal gusto. Yo, como respuesta, le supliqué que siguiese la opinión de aquel que lo había juzgado, confesándome de algunas cosas, como de haber utilizado la palabra fortuna, haber nombrado poetas heréticos, haber excusado a Juliano y la crítica de que quien rezaba debía estar exento de viciosa inclinación al tiempo; ítem, de considerar crueldad lo que va más allá de la mera pena de muerte; ítem, que a un niño había que enseñarle a hacer de todo, y cosas de este tipo; que esto era opinión mía, y que eran cosas que había puesto pensando que no eran errores; a otros les respondí diciendo que el corrector no había entendido mi concepción. El llamado maestro, que es un hombre hábil, me excusaba mucho y me quería hacer sentir que no era muy de la opinión de esta corrección y salía en mi defensa, de manera muy ingeniosa, en mi presencia contra otro que me combatía, también italiano. Me retuvieron el libro de las Historias de los suizos, traducido al francés, por el hecho de que el traductor es herético, aunque no se da el nombre de él, pero es una maravilla qué bien conocen a los hombres de nuestras regiones; y Sebon, que me dijeron que su prefacio estaba condenado.

Ese mismo día, en la iglesia de San Juan de Letrán, en lugar de las penitencias ordinarias que se ven hacer en este oficio en la mayoría de las iglesias, el señor cardenal San Sixto estaba sentado en una esquina y daba en la cabeza con una varita larga que tenía en la mano a los que pasaban, y también a las damas, pero con un semblante sonriente y más cortés, según su rango y belleza.

El miércoles de la Semana Santa hice yo las siete iglesias con el señor de Foix, antes de comer, y echamos en ello unas cinco horas. No sé por qué algunos se escandalizan al ver libremente acusar el vicio de algún prelado particular, cuando es conocido y público; pues ese día, y en San Juan de Letrán, y en la iglesia de Santa Cruz en Jerusalén, vi la historia, escrita a lo largo en un lugar muy visible, del papa Silvestre 11, que es la historia más injuriosa que uno pueda imaginar.

La vuelta a la ciudad, que yo he dado muchas veces por tierra, desde la puerta del Popolo hasta la puerta San Paulo, se puede hacer en unas buenas tres horas o cuatro si uno va a caballo al paso; la parte que está más allá del río se hace en una hora y media a lo sumo.

Entre otros placeres que Roma me proporcionaba en Cuaresma estaban los sermones. Había excelentes predicadores, como este rabino [renegado] que predica a los judíos el sábado después de comer en la Trinidad. Siempre hay sesenta judíos que están obligados a estar allí. Éste era un famosísimo doctor entre ellos; y con sus argumentos mismos, sus rabinos y el texto de la Biblia, combate su creencia. En esta ciencia, y en las lenguas auxiliares, es admirable. Había también otro predicador que predicaba al Papa y a los cardenales, llamado padre Toledo [en profundidad de saber, pertinencia y preparación, es un hombre fuera de lo común]; otro muy elocuente y popular que predicaba a los jesuitas, que no carecía de suficiencia en la excelencia de lenguaje; los dos últimos son jesuitas.

Maravilla el prestigio que esta orden tiene en la cristiandad; no creo que haya habido nunca cofradía y cuerpo entre nosotros que tenga tal rango, ni que produzca tales efectos como los que éstos lograrán si sus empeños continúan. Se extienden por toda la cristiandad. Es un grupo de grandes hombres en todo tipo de cualidades. Es de nuestros miembros el que más amenaza a los herejes de nuestro tiempo.

Librodot

La expresión de un predicador fue que convertíamos nuestros carruajes en astrolabios. La actividad más corriente de los romanos es pasearse por las calles; y, de ordinario, la empresa de salir de casa se hace únicamente para ir de calle en calle, sin tener dónde pararse; y hay calles más particularmente destinadas a este menester. A decir verdad, el mayor fruto que se saca de esto es ver a las damas a las ventanas y, sobre todo, a las cortesanas que se muestran en sus celosías, con un arte tan pícaro que a menudo me admira cómo provocan nuestra mirada; y, a veces, tras apearme del caballo en un sitio y pedir que se me abriese, admiraba esto mismo: cómo se muestran más bellas de lo que son. Saben presentarse con lo que tienen de más agradable; pueden descubrir para uno la parte superior de la cara, o la inferior o un lado, se cubren o se muestran de tal manera que no se ve ni una sola fea en la ventana. Todos se plantan allí para hacer saludos con el gorro e inclinaciones profundas, y para recibir cualquier ojeada al pasar[13]. La consecuencia de haberse acostado allí de noche por un escudo o hasta por cuatro es hacerles también al día siguiente la corte en público. Se ven también algunas damas de categoría, pero con otro aspecto y modales fáciles de discernir. A caballo se ve mejor; pero es cosa de los modestos como yo o de los chicos jóvenes, que montan en caballos de alquiler. Las personas de rango no van más que en carruaje, y los más licenciosos, para tener mejor vista desde abajo, llevan la parte superior del coche entreabierta; eso es lo que quería decir el predicador con lo de los astrolabios.

El jueves santo por la mañana, el Papa de pontifical se sitúa sobre el primer pórtico de San Pedro, en el segundo piso, asistido por los cardenales y llevando él mismo una antorcha en la mano. Al lado hay un canónigo de San Pedro que lee en voz alta una bula latina en la que son excomulgados un grupo infinito de personas, entre otros los hugonotes, llamado asimismo, y también cuantos príncipes detentan alguna cosa en tierras de la Iglesia; en este artículo los cardenales de Médicis y Caraffa, que estaban junto al Papa, se reían bien fuerte. Esta lectura dura una buena hora y media; pues cada artículo que el canónigo lee en latín, al lado opuesto, el cardenal Gonzaga, también descubierto, lo lee en italiano. Después de esto, el Papa arrojó abajo la antorcha iluminada adonde está la gente y, como por juego, el cardenal Gonzaga otra, pues había tres encendidas. Caen entre la gente y se prepara abajo la mayor algarabía del mundo por ver quién coge un trocito de antorcha, incluso se pelean muy rudamente a puñetazos y bastonazos. Durante la lectura de esta conde nación hay también una gran colgadura de tafetán negro en la barandilla de dicho pórtico, delante del Papa. Una vez hecha la excomunión, se recoge este tapiz negro y se descubre uno de otro color; el Papa da entonces sus bendiciones públicas.

Esos días se muestra la Verónica, que es un rostro sombrío de color cetrino y oscuro, en un bastidor como un gran espejo; y se muestra con gran ceremonia desde lo alto de un pupitre que tiene cinco o seis pasos de ancho. El sacerdote que lo sujeta tiene las manos revestidas con guantes rojos, y hay otros dos o tres sacerdotes que le sostienen. Nada se ve con tanta reverencia, el pueblo prosternado en tierra, la mayoría con lágrimas en los ojos y dando gritos de conmiseración. Una mujer, que decían que estaba spiritata, se agitaba viendo esta figura, gritaba, estiraba y retorcía los brazos. Los sacerdotes, paseando alrededor del pupitre, la van presentando al pueblo aquí y allá y a cada movimiento, aquellos a los que se la presenta gritan. Se muestra también a la vez y en la misma ceremonia el hierro de la lanza en un recipiente de cristal. En este día se muestra muchas veces, con una asamblea de gente tan infinita que hasta muy lejos y fuera de la Iglesia, hasta donde es visible este pupitre, se divisa una enorme cantidad de hombres y de mujeres. Es una verdadera corte papal: la pompa de Roma y su principal grandeza es en apariencia devota. Es hermoso ver el ardor religioso de

[13] El lector de Cervantes podrá recordar un descriptivo episodio al respecto, que aparece al final del Persiles, cuando Periandro se ve asediado por una cortesana.

un pueblo tan infinito en esas fechas. Tienen cien cofradías y más, y casi no hay hombre de categoría que no se haya apuntado a alguna; las hay también para los extranjeros. Nuestros reyes son de las del Gonfalon. Estas sociedades tienen diversos actos de comunicación religiosa que se celebran principalmente durante la Cuaresma; pero este día se pasean en grupos vestidos de tela; cada compañía tiene su vestimenta, unos blanca, otros roja, azul, verde, negra, la mayoría con los rostros cubiertos.

La cosa más noble y magnífica que yo haya visto, aquí o en parte alguna, fue el increíble número de gente diseminada ese día por la ciudad, dedicada a las devociones, sobre todo en estas cofradías; pues además del abundante personal que de día había venido hasta San Pedro, en cuanto se hizo de noche la ciudad parecía toda de fuego; estas cofradías desfilan con orden hacia San Pedro, llevando cada cual una antorcha, casi todas de cera blanca. Creo que pasaron delante mí unas doce mil

antorchas por lo menos; pues desde las ocho de la tarde hasta medianoche, la calle estuvo siempre llena de esta pompa, dirigida con tan buen orden y mesura que, aunque había grupos y gente de distintos sitios, no se vieron brechas o interrupciones; cada cuerpo tenía un gran coro de música que iba cantando todo el tiempo al caminar y, en medio de las filas, una hilera de penitentes que se fustigan con cuerdas; había quinientos por lo menos, con la piel de la espalda completamente despellejada y ensangrentada con un aspecto lamentable.

Es un enigma que no entiendo bien todavía; pero van todos castigados y cruelmente heridos y se atormentan y golpean sin cesar. La cosa es que, al ver su continencia, lo seguro de su paso, la firmeza de sus palabras [pues oí a muchos hablar], y su rostro [pues muchos iban descubiertos por la calle], no parecía que estuviesen sólo en una tarea penosa, ni seria siquiera, incluso había jóvenes de doce o trece años. Justo a mi lado había uno muy joven de rostro agradable; una muchacha lloraba al verle herirse así. Él se volvió hacia nosotros y le dijo riendo: Basta, dijo, que hago esto por sus pecados, no por los míos. No sólo no demuestran malestar o esfuerzo alguno en esta tarea, sino que la hacen con alegría, o por lo menos con una soltura tal que uno les ve ocuparse en otras cosas, reír, gritar por la calle, correr, saltar, como pasa en una gran muchedumbre en la que las filas se mezclan. Entre ellos van hombres que llevan vino, y se lo dan a beber; algunos toman un trago. Les dan también grageas dulces; y a menudo los que llevan este vino se lo ponen en la boca y después lo soplan y mojan el extremo de sus látigos que son de cuerda, y se coagulan y se pegan con la sangre, de manera que, para desenredarlos, hay que mojarlos; a algunos les soplan este mismo vino en sus heridas. Al ver sus zapatos y calzas parece que la mayoría son personas de pocos recursos que se venden para este servicio. Me dijeron que engrasaban sus hombros con algo, pero he visto las heridas tan vivas y el castigo tan largo que no hay ningún medicamento que pueda quitar el sufrimiento; y luego los que les contratan, ¿por qué lo hacen si no es más que una pantomima?

Esta pompa tiene otras particularidades. Cuando llegaban a San Pedro no hacían más que enseñarles el Viso Santo; luego salían y dejaban sitio a los demás.

Las damas se pasean ese día libremente; pues toda la noche ocupan las calles y casi todas van a pie. Sin embargo, a decir verdad, parece que la ciudad se haya reformado seriamente, sobre todo en lo tocante al desenfreno. Todas las miradas y las apariencias amorosas cesan.

El sepulcro más hermoso es el de santa Rotunda, por sus luminarias. Entre otras cosas, hay un gran número de lámparas que giran y ruedan sin cesar de arriba abajo.

La víspera de Pascua vi en San Juan de Letrán las cabezas [de] san Pablo y san Pedro que allí enseñan, que aún conservan el pelo, el color y la barba, como cuando vivían: san Pedro, un rostro blanco, un poco alargado, con el color rojizo tirando a sanguíneo, una barba gris tupida y la cabeza cubierta con una mitra papal; san Pablo, moreno, con el rostro ancho y más grueso, la cabeza más grande, la barba gris espesa. Están en alto en un lugar especial. La

manera de mostrarlos consiste en llamar al pueblo al toque de campanas y se baja, a tirones, una cortina tras la que están estas cabezas, una al lado de otra. Se permite verlos el tiempo de decir un Ave María e inmediatamente después se sube de nuevo la cortina, luego se vuelve a descubrir, hasta tres veces; se hace esta mostración cuatro o cinco veces por día. El sitio tiene una altura de una pica, con gruesos barrotes de hierro a través de los cuales se les ve. Alrededor, por fuera, encienden muchos cirios, pero no es fácil discernir claramente todos los detalles; yo les he visto dos o tres veces. La pulcritud de estos rostros les da un cierto parecido con nuestras máscaras.

El miércoles después de Pascua, el señor Maldonado, que estaba entonces en Roma, me preguntó la opinión que yo tenía de las costumbres de esta ciudad y, sobre todo, de las prácticas religiosas, y coincidimos totalmente: el pueblo llano era, sin comparación, más devoto en Francia que aquí; pero los ricos, los cortesanos sobre todo, un poco menos. Me dijo además que, frente a los que alegaban, sobre todo los españoles que abundan en su orden, que Francia estaba completamente perdida de herejía, él mantenía que sólo en la ciudad de París había más hombres realmente religiosos que en toda España.

Los barcos los arrastran con cuerdas, corriente arriba del río Tíber, con ayuda de tres o cuatro pares de búfalos.

Yo no sé cómo encuentran los demás el aire de Roma, yo lo encuentro muy agradable y sano. El señor de Vielart decía que había perdido allí su dependencia de la migraña y que, corroborando la opinión de la gente, padecía mucho de los pies, pero sentía un gran alivio en la cabeza. Para mí no hay cosa más contraria a la salud como el aburrimiento y la ociosidad; allí siempre tenía alguna ocupación, si no tan agradable como hubiera deseado, al menos suficiente para quitarme el aburrimiento: como por ejemplo visitar las antigüedades, las Viñas, que son jardines y lugares de recreo de belleza singular, en los que yo aprendí cuánto provecho puede sacar el arte de un lugar montuoso, desigual y con salientes; pues ellos consiguen cosas graciosas inimitables en nuestros lugares planos, y controlan con mucho ingenio esta diversidad. Entre las viñas más bellas están las de los cardenales de Este, en Monte Cavallo; Farnesio, al Palatino; y también las de Ursino, Sforza y Médicis; la del papa Julio; la de la Madama; los jardines de Farnesio y los del cardenal Riario en Trastévere; los de Cesio fuera della porta del Populo. Son bellezas abiertas a cualquiera que quiera disfrutarlas, y para lo que quiera, sea para dormir en compañía, si los dueños no están, cosa que no les gusta mucho; o para ir a oír sermones, que los hay siempre, o disputas teológicas, o incluso, a veces, a alguna mujer de las públicas, a las que he encontrado la pega de que venden carísima la simple conversación (que era lo que yo buscaba para oírlas expresarse y participar en sus sutilezas), y son en ello tan parcas como en la relación completa. Todas estas diversiones me tenían bastante ocupado; y no he tenido ocasión de caer en la melancolía, que es mi muerte, o en el abatimiento, ni dentro ni fuera de la casa. Se trata, pues, de una grata mansión y por eso puedo colegir, de haber podido disfrutar de Roma de manera más privada, cuánto me habría agradado; pues a decir verdad, aunque haya puesto en ello ingenio muy cuidado, no la he conocido más que en su cara pública, la que ofrece al más modesto extranjero.

El último día de marzo tuve un acceso de cólico que me duró toda la noche, bastante soportable; me movió el vientre con retortijones y me dio una acrimonia de orina fuera de lo acostumbrado. Expulsé mucha arena y dos piedras.

El domingo de Quasimodo vi la ceremonia de la limosna de las muchachas. El Papa tiene, además de su pompa ordinaria, veinticinco caballos que los llevan delante de él aderezados y engualdrapados con oro, muy ricamente ataviados, y diez o doce mulos recubiertos de terciopelo carmesí conducidos por sus mozos de a pie; su litera está también cubierta de terciopelo carmesí. Delante de él, cuatro hombres a caballo llevaban en la punta de unos

Librodot

bastones cubiertos de terciopelo rojo y con empuñadura y cabos dorados, cuatro sombreros rojos. Él iba en su mula. Los cardenales que le seguían también iban en sus mulas, revestidos de pontifical, con el extremo de sus capas prendido con una agujita a la testuz de sus mulas. Las chicas eran ciento siete; cada una va acompañada de una vieja de su familia. Después de la misa salieron ellas de la iglesia e hicieron una larga procesión. Al volver, pasaron una tras otra al coro de la iglesia de la Minerva, que es donde se hace esta ceremonia, y besaban los pies al Papa y éste, después de la bendición, le da a cada una, de su mano, una bolsa de damasco blanco con una cédula. Se entiende que, una vez que han encontrado marido, van a reclamar su limosna, que es de treinta y cinco escudos por cabeza, además del vestido blanco que todas llevan ese día, que vale cinco escudos. Llevan el rostro cubierto con un paño y no va abierto nada más que por donde miran.

Yo decía de las ventajas de Roma, entre otras cosas, que es la ciudad más abierta del mundo, en la que a la extranjería y la diferencia de nacionalidades se le da poca importancia; pues por su misma naturaleza es una ciudad hecha de remiendos de extranjeros; todos están en ella como en su casa. Su príncipe abraza con su autoridad la cristiandad entera; su jurisdicción principal obliga a los extranjeros en sus casas, como aquí; por propia elección y de todos los príncipes y grandes de la corte, la consideración del origen no tiene ningún peso. La libertad del régimen de Venecia y la utilidad del comercio la pueblan de extranjeros; pero están allí como en casa ajena. Aquí están dedicados a sus propios oficios, bienes y cargos, ya que es la sede de las personas eclesiásticas. En Venecia se ven tantos extranjeros o más (pues la afluencia de extranjeros en Francia, en Alemania o en otras partes no tiene punto de comparación) pero hay muchos menos residentes y domiciliados. La gente menuda tampoco se asusta de nuestra manera de vestir, española o tudesca, ni de la suya propia, y apenas se ve mendigo que nos pida limosna en nuestra propia lengua.

Yo, sin embargo, buscaba y empleaba mis cinco sentidos naturales en obtener el título de ciudadano romano, aunque nada más fuera por el antiguo honor y la memoria religiosa de su autoridad. Pero encontré dificultades; de todos modos, las superé sin tener que pedir ningún favor, ni siquiera la pericia de algún francés. La autoridad del Papa fue reclamada por mediación de Filippo Musotti, su maggiordomo, que me había tomado una amistad singular y se empeñó en ello. Me fueron despachadas cartas 3° Id. Martii 1581, que me dieron el cinco de abril, muy auténticas, de la misma manera y favor de palabras como las había tenido el señor Giacomo Buoncompagno, duque de Sora, hijo del Papa. Es un título vano; pero debo reconocer que me hizo mucha ilusión haberlo obtenido.

En el santuario de Loreto

Después de comer continuamos por un terreno corriente, atravesando llanuras y ríos y también algunas colinas suaves, en conjunto muy fértil, y el camino en su mayor parte pavimentado de losas colocadas de canto. Pasamos la villa de Recanati, que es una villa larga asentada en un alto y extendida siguiendo los pliegues y contornos de su colina, y llegamos por la tarde a Loreto, a quince millas. Es un pueblo pequeño rodeado de murallas y fortificado ante la incursión de los turcos, asentado en un plano un poco elevado que mira hacia una llanura muy hermosa y muy cerca el mar Adriático o golfo de Venecia; algunos dicen que, cuando hace bueno, descubren más allá del golfo las montañas de Dalmacia; se trata, en fin, de un emplazamiento muy hermoso. No hay casi habitantes, salvo los empleados del culto, muchos de ellos como huéspedes (aunque los alojamientos están bastante sucios) y

muchos mercaderes, a saber vendedores de cera, de imágenes, de paternósters Agnus Dei, Salvators y cosas de ese tipo, con las que forman un gran número de buenas tiendas ricamente abastecidas. Allí dejé, por mi parte, mis buenos cincuenta escudos. Los sacerdotes, gente de Iglesia y de la orden de los jesuitas, están todos concentrados en un gran palacio, no antiguo, en donde se alberga también un gobernador, hombre de Iglesia a quien hay que dirigirse para todo, bajo la autoridad del legado y del Papa.

El lugar de devoción es una casita pequeña, muy vieja y modesta, construida en ladrillo, más larga que ancha. En su cabecera han hecho una especie de vano que tiene a cada lado una puerta de hierro; en el intradós una reja de hierro, todo ello tosco, viejo y sin ninguna apariencia de riqueza. Esta reja tiene de ancho lo que va de una puerta a la otra; a través de ella se ve hasta el final del recinto, y ese extremo, que es aproximadamente la quinta parte del tamaño de esta sala, que se ha cerrado, es el lugar del culto principal. Allí se ve, en la parte alta del muro, la imagen de Nuestra Señora hecha, dicen ellos, de madera, y todo el resto está tan enormemente recargado de exvotos primorosos de tantos lugares y príncipes, que no hay hasta el suelo ni una pulgada que esté vacía, que no esté cubierta con alguna lámina de oro o de plata. Yo pude encontrar con mucha dificultad un sitio, y con mucho favor, para colocar allí un cuadro en el cual hay cuatro figuras de plata pegadas: la de Nuestra Señora, la mía, la de mi mujer y la de mi hija. Al pie de la mía se ha esculpido en plata: Michael Montanus, Gallus Vasco, Eques Regii Ordinis, 1581; y bajo la de mi mujer: Francisca Cassaniana uxor, y bajo la de mi hija, Leonora Montana filia unica[14]: y están todas en fila de rodillas en este cuadro y la de Nuestra Señora en lo alto, delante.

Hay otra entrada en esta capilla además de las dos puertas de las que ya he hablado, la cual da al exterior. Entrando, pues, allí, en esta capilla, mi cuadro está colocado a mano izquierda contra la puerta que está en este rincón y lo he dejado atado y clavado con mucho cuidado. Había hecho poner una cadenita y un anillo de plata para que por medio de éste se pudiera colgar de un clavo, pero prefirieron atarlo directamente a la pared. En este lugar está la chimenea de esta sala, que se puede ver apartando unos viejos cortinones que la cubren. Está permitido entrar, ver la leyenda de delante de la puerta, que es de metal muy ricamente labrado, y además hay una reja de hierro delante de esta puerta. La prohibición radica en que sin la autorzación del gobernador ninguno puede entrar. Entre otras cosas, por su rareza habían dejado, entre otros presentes lujosos, el cirio que un turco había enviado con toda espontaneidad, habiéndose encomendado a esta Nuestra Señora, por estar en alguna necesidad extrema y queriendo ser ayudado por todo tipo de cuerdas.

La otra parte de esta casita, la más grande, sirve de capilla y no tiene ninguna luz del día y su altar está bajo la reja medianera de la que he hablado. En esta capilla no hay ningún adorno, ni banco, ni reclinatorio, ni pintura, ni tapicería en la pared; pues en sí misma sirve de relicario. No se puede llevar en ella ni espada, ni arma alguna, y no hay ningún orden ni respeto de rango.

Hicimos en esta capilla la misa, cosa que no se permite a todos; pues hay un lugar destinado a tal efecto a causa de la gran muchedumbre de hombres que ordinariamente comulgan allí. Hay tantos que van a todas horas a esta capilla que es necesario ordenar muy pronto el que le hagan a uno sitio. Un jesuita alemán me dijo allí la misa y me dio de comulgar. Le está prohibido al pueblo arrancar nada de este muro, pues si estuviera autorizado llevarse algo no habría ni para tres días. Este lugar está lleno de infinidad de milagros, y a los libros me remito; pero hay otros muchos y muy recientes de las desgracias que les han sobrevenido a los que por devoción se han llevado algo de este edificio, incluso

[14] «Michel de Montaigne, francés de Gascuña, caballero de la Orden del Rey, 1581», Françoise de la Chassaigne, su esposa», «Leonor de Montaigne, su única hija».

con permiso del Papa; hasta un pequeño montón de ladrillos que se había quitado cuando el Concilio de Trento ha sido vuelto a colocar.

Esta casita está recubierta y reforzada en su exterior con losetas de la mejor factura, de lo más trabajadas y del mármol más hermoso que uno pueda ver, pocas piezas se conocen más raras y excelentes. Alrededor, y por encima del embaldosado, hay una bella iglesia grande con muchas capillas alrededor, tumbas, entre otras la del cardenal de Amboise, que el señor cardenal de Armagnac ha puesto allí. Este pequeño cuadrado es como el coro de las demás iglesias; de todos modos, hay un coro, pero está en una esquina. Está todo cubierto de cuadros, pinturas e historias, y vimos muchos ricos ornamentos y me extrañaba que no se vieran aún más, dado el renombre famoso y antiguo de esta iglesia. Me da la impresión de que refunden las cosas antiguas y se sirven de ellas para otros usos. Estiman las limosnas en dinero en una cantidad media de diez mil escudos.

Hay en ella más apariencia de devoción que en ningún otro lugar que yo haya visto. Lo que se pierde [digo del dinero o de otra cosa digna de ser no sólo quitada sino incluso arrebatada por la gente de este oficio] quien lo encuentra lo pone en cierto lugar público, destinado a tal efecto; y lo coge de allí cualquiera que lo quiera hacer, sin dar explicaciones. Había, cuando yo estaba, muchas cosas, paternósters, pañuelos, bolsas sin propietario, que eran para el primero que las cogiera. De lo que se

compra para servicio de la Iglesia y para dejarlo allí, ningún artesano quiere nada para sí, para, dicen ellos, tener parte en la Gracia; uno no paga sino la plata o la madera como limosna y por generosidad, pero en realidad lo rechazan. Las gentes de iglesia, de lo más cumplidos en todo: por confesar, por dar la comunión o cualquier otra cosa, no aceptan nada. Es frecuente dar a quien uno quiera de entre ellos dinero para que en nombre de uno lo distribuya entre los pobres, una vez que uno haya partido.

Cuando estaba ante el sagrario, resulta que se acerca un hombre que le ofrece al primer sacerdote que encuentra una copa de plata, diciendo que era una promesa; y como había hecho promesa de hacer un gasto de doce escudos y el cáliz valía menos, pagó la diferencia a dicho sacerdote, quien alabó el pago y la moneda como cosa debida con toda exactitud, para ayudar a la perfecta y concienzuda ejecución de su promesa; hecho esto, hizo entrar al hombre junto al sagrario para que ofreciese él mismo el cáliz a Nuestro Señor e hiciese una pequeña oración, y el dinero lo echó en el cepillo común. Esos ejemplos se ven todos los días y son de lo más corriente. Apenas si reciben para dar a quien quiere hacerlo; al menos es un favor el ser aceptado.

Me detuve el lunes allí, y el martes y el miércoles por la mañana; después de la misa salimos[15]. Pero, para decir unas palabras de la experiencia de este lugar, en donde tanto me vi complacido, estaba en ese mismo momento Michel Marteau, señor de la Capilla, parisino, un joven muy rico y con un gran cortejo. Hice de forma muy particular y curiosa que él y algunos de su comitiva contaran el relato de la curación de una pierna que decía haber logrado en este lugar; no hay manera mejor ni más exacta de hacerse idea de un milagro. Todos los cirujanos de París y de Italia se habían equivocado al respecto. Había gastado más de tres mil escudos; su rodilla inflamada, inútil, le causaba muchos dolores desde hacía más de tres años, iba cada vez peor, más enrojecida, inflamada e hinchada hasta darle fiebre; en ese mismo instante, llevaba ya varios días que había abandonado todos los demás medicamentos y socorros, y, cuando estaba durmiendo, de repente sueña que está curado y le parece ver un resplandor; se despierta, grita que está curado, llama a sus gentes, se levanta, se pasea, cosa que no había apenas podido hacer después de su enfermedad, su rodilla se desinfla, la piel tumefacta alrededor de la rodilla y como muerta, y él se pone bien sin ningún

[15] Literalmente dice «yo salimos».

Librodot

otro tipo de ayuda. Y cuando estaba en este estado de completa curación había vuelto a Loreto; pues era en otro viaje, un mes o dos antes, cuando se había curado, y había estado, sin embargo, en Roma con nosotros. De su boca y de todos los suyos no se puede dar por cierto sino esto que acabo de nombrar.

El milagro del transporte de esta casita, que consideran que es la misma casa en la que en Nazaret nació Jesucristo, y su conducción primero a Dalmacia y después cerca de aquí y por fin aquí mismo, está representado en grandes cuadros de mármol en la iglesia a lo largo de las columnas, en lenguaje italiano, esclavón, francés, alemán, español. En el coro hay una enseña de nuestros reyes, colgada, pero no hay armas de ningún otro rey. Dicen que ven a menudo a los esclavonios en grandes cortejos venir a este lugar de devoción, dando gritos en cuanto que descubren a lo lejos la iglesia desde el mar, y después en los lugares ven tantos clamores y promesas a Nuestra Señora para volver a ellos, tantas lamentaciones de haber dado ocasión de abandonarlos, que es algo que causa maravilla.

Yo me informé de que de Loreto se puede ir a lo largo de la marina en ocho jornadas cortas hasta Nápoles; viajé que deseo hacer. Hay que pasar por Pescara y la citta de Chieto, donde hay un Procaccio que va todos los domingos a Nápoles.

Ofrecí a varios sacerdotes dinero; la mayor parte de ellos se obstinaron en rechazarlo y los que lo aceptaron lo hicieron con todas las dificultades del mundo.

Tienen allí y guardan su trigo en los sótanos, bajo la calle. Fue el 25 de abril el día en que yo ofrecí mi voto.

Llegar de Roma a Loreto, camino que hicimos en cuatro días y medio, me costó seis escudos en metálico, que son cincuenta sueldos por caballo, y el que nos alquilaba los caballos los alimentaba, y también a nosotros. Son condiciones duras, pues obligan a acelerar las jornadas por lo caras que son, y además le tratan a uno lo más escasamente que pueden.

En el balneario de Lucca (Baños de la villa)

(...) El martes, nueve de mayo de mil quinientos ochenta y uno, por la mañana antes de salir el sol, iba a beber del manantial mismo de nuestra fuente caliente. Bebí siete vasos seguidos que contienen tres libras y media: así los miden. Creo que serían doce de nuestro cartón [dos libras]. Es un agua moderadamente caliente, como la de Aigues, Caudes o Barbotán, tiene menos gusto y sabor que ninguna otra que haya yo jamás bebido. No puede percibir sino su tibieza y un poco de dulzor. En este día no me hizo ningún efecto si no fue cinco horas después de beber hasta la hora de la comida, y no expulsé ni una sola gota. Algunos dicen que había tomado demasiado poco, pues prescriben un frasco: son dos bocales, que son ocho libras, dieciéis o diecisiete vasos de los míos. Pienso que me encontró tan vacío, a causa de la purga, que encontró lugar para servirme de alimento.

Ese mismo día fui visitado por un gentilhombre boloñés, coronel de doscientos hombres de a pie bajo las órdenes de esta señoría, que está a cuatro millas de los baños. Me vino a hacer muchos regalos y estuvo conmigo aproximadamente dos horas; encargó a mi hospedero y a los demás del lugar favorecerme con sus recursos. Esta señoría tiene la regla de servirse de oficiales extranjeros y dispone su gente en los pueblos en número y según la comarca, les da un coronel para mandarles: con un cargo mayor o menor. Los coroneles está pagados; los capitanes, que son habitantes del país, no lo están sino en tiempo de guerra y mandan las

compañías particulares cuando hay necesidad. Mi coronel tenía dieciséis escudos por mes de soldada y no tenía otro cometido que estar preparado.

Tienen una vida más reglamentada en estos baños que en los nuestros y ayunan mucho, sobre todo en cuanto a la bebida. Me encontré mejor alojado que en ningún otro baño, incluso que en Baniéres. El terreno del país es tan bonito como Baniéres, pero no tiene comparación con otros baños; los lugares para bañarse en Baden sobrepasan en magnificencia y comodidad a los demás con mucho; el albergue de Baden es comparable a los demás si hacemos excepción de la perspectiva que se ve desde aquí.

El miércoles de mañana volví a beber esta agua, dándome mucha pena el poco efecto que había sentido el día anterior; pues había hecho una deposición inmediatamente después de haberla tomado, pero atribuía esto a la purga del día anterior, sin haber echado una gota de agua que liberase la del baño. Volví a tomar el miércoles siete vasos medidos en libras, que fue por lo menos el doble [del lo que había tomado el día anterior, y creo que nunca había bebido tanto de una sola vez. Noté un gran deseo de sudar que no quise seguir de ninguna manera, pues había oído decir muchas veces que éste no era el efecto que me convenía; y, como el primer día, me mantuve en mi habitación o paseándome o en reposo. El agua se encaminó más bien por detrás y me hizo hacer algunas deposiciones sueltas y claras sin ninguna dificultad. Me parece que me hizo mal tomar esta purga, pues el agua, encontrando fácil la vía posterior, provocada por la purga, siguió ese itinerario en lugar del delantero, que a causa de mis riñones hubiera yo deseado más; y soy de la opinión de, para el primer baño que tome, prepararme únicamente con el ayuno el día anterior.

También creo que esta agua es demasiado floja y tiene poco efecto y, por consiguiente, es segura y de poco riesgo: los aprendices y las personas delicadas la encontrarán bien. Se la toma para refrescar el hígado y quitar las rojeces del rostro; cosa que señalo expresamente pensando en el servicio que debo a una mujer muy virtuosa de Francia. Del agua de San Juan se sirven mucho para hacer maquillajes, pues es extremadamente aceitosa. Veía que llevaban muchos barriles a países extranjeros, y de la que yo bebía aún más, a fuerza de asnos y de mulos, para Regio, Módena, la Lombardía, para beberla. Algunos la toman aquí en la cama y la principal indicación es mantener el estómago y los pies calientes y apenas moverse. Los vecinos la hacen llevar a tres o cuatro millas a sus casas. Para mostrar que no es muy apetitosa acostumbran a llevar agua de un baño cerca de Pistoia que tiene el gusto más ácido y es muy caliente en su manantial y la tienen en las boticas de aquí para beber antes de la de aquí un vaso, y sostienen que ayuda a la de aquí al ser activa y como un aperitivo. El segundo día expulsé agua blanca, pero no sin alguna alteración de color, como en otros momentos, y arrojé mucha arena; pero, movido por la purga, había expulsado mucho más el día de esa misma purgación.

Me enteré de un accidente memorable. Un habitante del lugar, un soldado que aún vive, llamado Giuseppe, y tiene mando en una de las galeras de los genoveses como forzado, del que vi muchos parientes próximos, una vez que estaba en la guerra del mar fue apresado por los turcos. Para quedar en libertad se hizo turco [y de esta misma condición hay varios, sobre todo en las montañas vecinas a este lugar, que aún viven], fue circuncidado y se casó allí. Habiendo venido a robar a esta costa, se alejó tanto de su retaguardia que de repente llegó con otros turcos y quedó atrapado por el pueblo que se había sublevado. Inmediatamente dice que había venido conscientemente, que era cristiano y fue puesto en libertad algunos días después, llegó a este lugar a la casa que está enfrente de la que me sirve de alojamiento: entra y encuentra a su madre. Ella le pregunta rudamente quién era, qué quería, pues tenía aún su traje de marinero y era raro verle así. Por fin se da a conocer, pues se había perdido desde hacía diez o doce años, y abraza a su madre. Ella, dando un grito, cae toda perturbada y hasta el día siguiente no se le reconocía casi vida alguna y estaban los médicos completamente

Librodot

desesperados. Ella volvió en sí finalmente y apenas vivió tiempo después, pensando cada uno que esta sacudida le había acortado la vida. Nuestro Giuseppe fue festejado por todo, recibido en la iglesia para abjurar de su error, recibió el sacramento del obispo de Lucca y muchas otras ceremonias: no eran sino trucos. Era turco en su corazón y para volver se escapa de aquí, va a Venecia, se vuelve a mezclar con los turcos y retoma su viaje. Hele aquí vuelto a caer en nuestras manos y como es un hombre de fuerza inusitada y un soldado fuerte experto en el mar, los genoveses le conservan aún y le mantienen bien atado y encadenado.

Este país tiene muchos soldados que están todos inscritos como habitantes del país para el servicio de la señoría. Los coroneles no tienen otro cometido que hacerles ejercitarse a menudo, hacerles tirar, combatir y cosas semejantes; son todos del país. No tienen ninguna soldada pero pueden llevar armas, mallas, arcabuces y lo que les plazca; y además no pueden ser juzgados por ninguna deuda y en tiempo de guerra reciben su paga. De entre ellos son los capitanes, enseñas y sargentos. Solamente el coronel es el que debe necesariamente ser extranjero y estar pagado. El coronel del Borgo, el que me había venido a visitar el día anterior, me envió de dicho lugar (que está a cuatro millas del baño) un hombre con dieciséis limones y dieciséis alcachofas.

La suavidad y debilidad de esta agua se argumenta también porque se convierte muy fácilmente en alimento: pues se tiñe y se cuece de repente y no da apenas esos pinchazos de otras, provocando ganas de orinar, como he visto por mi experiencia de otros a la vez.

Aunque estaba agradable y cómodamente alojado, como si estuviese en mi albergue de Roma, no tenía ni galería ni chimenea, y menos aún cristales en mi habitación. Esto muestra que no tienen en Italia las tormentas tan frecuentes que nosotros tenemos, pues eso, al no haber otras ventanas sino de madera en casi todas las casas, sería de una incomodidad insoportable; por lo demás, mi cama estaba muy bien. Las camas son unas planchas miserables sobre las cuales arrojan, según la longitud y la anchura, el lecho; por encima ponen un colchón de paja o una especie de colchoneta y está uno perfectamente alojado a condición de tener una cortina alrededor. Y para que la cama quede bien preparada hay tres remedios: uno, tener cintas igualmente [que] ese cortinón, como yo tenía en Roma; otro, que el cortinaje sea lo suficientemente largo para colgar hasta el suelo y cubrirlo todo, que es lo mejor; tercero, que la manta que se ata en las esquinas con botones caiga hasta el suelo y que sea de una tela ligera como fustán blanco y tenga por debajo otra colcha para dar calor. Por lo menos, yo sé por experiencia que se ahorra esto comúnmente en mi tierra y no se hacen sino malas camas. Así se está muy bien y es una receta contra las chinches.

El mismo día después de comer me bañé, en contra de las normas de esta región, donde se dice que una operación impide la otra; ellos quieren distinguir entre: beber inmediatamente, y después bañarse a continuación [ellos beben durante ocho días y se bañan durante treinta]; beber en este baño y bañarse en otro. El baño es muy agradable y placentero; estuve en él durante media hora y no me provocó más que un poco de sudor: era aproximadamente la hora de cenar. Después me acosté y cené una ensalada de limón azucarado, sin beber; pues ese día no bebí una libra, y creo que fue todo hasta el día siguiente y por eso había podido expulsar aproximadamente el agua que había tomado. Es una costumbre tonta contabilizar lo que se mea. No me encontraba mal, tan alegre como en los demás baños, aunque tenía gran pesar al ver que el agua no la expulsaba, y eso sí me había sucedido en otras partes. Pero aquí hacen de eso un accidente mortal, y desde el primer día si uno tiene que expulsar dos partes al menos, le aconsejan que abandone el beber o tomar medicina. Yo, si juzgo bien acerca de estas aguas, no son para aliviar mucho ni para servirse de ellas: no les pasa nada, salvo su ligereza y debilidad, y me temo que calientan más los riñones que lo que puedan purgarlos; creo que necesito aguas más cálidas y aperitivas.

El jueves por la mañana volví a beber cinco libras temiendo usarlas mal y no vaciarlas. Me provocaron una deposición, orinar muy poco. Y esa misma mañana, al escribir al señor Ossat, caí en el recuerdo tan penoso del señor de La Boétie[16] y me quedé sumido en él durante tanto tiempo sin poder salir que me produjo un gran dolor.

[16] Étienne de La Boétie había sido el gran amigo de Montaigne. Nacido el 1 de noviembre de 1530, había muerto, a los treinta y tres años, el 18 de agosto de 1563. Montaigne le evoca en el viaje, a propósito de Venecia, la ciudad de la que aquél tanto le había hablado, y en la sobria lamentación sobre los compañeros de viaje que le han tocado en suerte.